

Capítulo 1

EL AMOR, EL PROBLEMA ACTUAL

Siempre fue un tema el amor, un sentimiento que nos hace vivir lo mejor y lo peor, nos entrega experiencias que elevan nuestra vida o la problematizan. Sin embargo, la vincularidad es el gran problema de nuestra época. Nuestra época es la de las relaciones que no fueron, que nunca terminan de iniciar, relaciones que están muy lejos de los boleros. ¿No es esta la época de las canciones de autobombo y el descarte? “No tengo tiempo pa’ lo que no aporte, ya cambié mi norte. Haciendo dinero como deporte. Llenando la cuenta, los show’, el parking y el pasaporte. ’Toy más dura dicen los reporte’” (Skakira-Karol G). A falta del reconocimiento en el lazo, nos decimos lo buenos que estamos, lo bien que nos va solos y lo mucho que valemos. Fingimos que estamos completos, sostenemos discursos exitistas y desafectados.

El efecto del autobombo dura lo que dura una canción: la mayoría de las personas que consulta en terapia quiere estar con alguien, se siente sola o arrastra frustraciones producto de continuas

decepciones, inicia relaciones que decaen pasado un tiempo corto o que no resisten al primer conflicto. Son personas que sufren de la falta de vínculos, de vínculos que no se consolidan o en los que el desencuentro es constante. La falta de pertenencia deja al sujeto en los márgenes, muchas veces culpabilizándose por ello. Imagínense, creer que uno está solo porque lo merece, porque no es lo suficientemente bueno, lindo o exitoso para ser “elegido”. La diferencia entre la soledad y estar solo, es la elección. Cuando la soledad no se elige, la desolación cala profundo y daña nuestra autoestima.

La volatilidad de las relaciones amorosas no puede pensarse como un hecho pura y exclusivamente del terreno compartido entre dos personas. Estamos en una época de crisis de lazos sociales. Predomina la incertidumbre a nivel de nuestra vida amorosa, tenemos dificultad de comprender e interpretar lo que sentimos y lo que sienten los demás, qué es esperable en un vínculo y cuál es el compromiso que nos sostiene. Tenemos mucho para decir acerca del amor, pero el encuentro nos cuesta. En definitiva, las relaciones no llegan a configurar vínculos, se disuelven mucho antes del conflicto vincular. No hay un evento trágico que inaugure el final, son relaciones que se evaporan, decaen y se marchitan. En todo caso, presentan un solo conflicto: el eterno desencuentro.

La gran paradoja del siglo XXI es que estamos hiperconectados, pero vivimos más solos y aislados que nunca. A medida que vamos madurando, nos encontramos con escenarios sociales donde es muy difícil hacer amistades y, a su vez, esto es esencial porque configura nuestra red de apoyo y pertenencia, la posibilidad de ser otros con otros. Frente a esa dificultad, la soledad y el sentirse abandonados son los dos grandes temores de estos tiempos. La

cantidad de chats, redes sociales y horas en que llevamos nuestro celular en la mano como si fuera nuestro osito de peluche no mejora la situación ni acorta las distancias, sino que las agranda. Podemos acumular seguidores y chats que inician una conversación que no avanza más de dos líneas, personas que entran y salen, sin pena ni gloria, en el flujo de una interacción incesante que no trae nada nuevo. La mayoría de las personas utiliza los soportes tecnológicos no para acercarse, unir o profundizar, sino para plegarse sobre sí mismos. Las habilidades sociales y lo que sucede cuando me encuentro con otro, dista mucho de la interacción en las redes. El problema de no tener encuentros reales, experiencias físicas, donde podamos sostenernos mutuamente la mirada, es que perdemos la habilidad de la convivencia con otros y nos empobrecemos en nuestro propio eco. Es un rasgo de la época la inconsistencia de los vínculos, la falta de solidez y la tendencia a tener contactos fugaces, etéreos y superficiales.

La dificultad de ser uno en compañía y estar con otros es lo que se pone en riesgo. Es tan fácil hacer contacto en red con diferentes personas como deshacerte de ellas cuando algo te incomoda; simplemente te desconectás o las eliminás. No tenés que enfrentar el diálogo, ni mirar a los ojos a nadie, mucho menos dar una respuesta o plantear una posición. La función de eliminar o bloquear a alguien en redes se ejecuta en un segundo. ¿Y qué se bloquea? La otredad, lo extraño, lo diferente y lo incómodo mediante la negación y esa acción que pretende, por arte de magia, hacer desaparecer lo conflictivo que suscitan las relaciones tan solo tocando un botón. Esta era la actitud de un paciente que ante vínculos que declinaban, optaba por desaparecer sin previo aviso y decía: “Si me llaman, doy la cara, por supuesto. Nunca dejé de atender a

nadie. Pero si no llaman, mejor evitar la conversación, que es un embole”. Acá, el punto problemático es no poder poner el cuerpo, el hacerse el tonto, que no es de tonto, sino de quien no puede salir de una posición infantil, y espera, como un niño, a ser retado o que la travesura pase desapercibida. Sin embargo, esta posición empobrecía su mundo afectivo. “Quiero enamorarme”, decía. Algo que efectivamente lograba. En tal caso, lo que aún no podía hacer, era amar. Ya lo postulaba Freud, el que ama renuncia a una parte de su narcisismo: “Porque allí donde el amor despierta, muere el yo, déspota, sombrío”. Amar es estar en conflicto, lo que significa estar en contradicción permanente, ceder a lo propio para escuchar al otro, correr el narcisismo para darle lugar al lazo.

Haré una mención sobre este concepto, narcisismo, ya que es un término que mencionaré a lo largo de estas páginas. Primero vayamos a ver qué narra Ovidio en sus *Metamorfosis* acerca del mito de Narciso.

La hermosa ninfa acuática Liríope quedó embarazada al ser violada por el río Cefiso. El bebé era tan bello que fue adorado y amado desde el momento de su nacimiento, al punto de convertirse en un objeto de amor y devoción. Su madre, preocupada, consultó al ciego Tiresias, y el adivino le advirtió que su hijo viviría feliz mientras no se viera a sí mismo. Siendo ya adolescente, Narciso tenía innumerables pretendientes a las que rechazaba, frío y arrogante. Entre ellas, estaba la ninfa Eco, cómplice de Zeus, porque lo ayudaba a engañar a su esposa Hera, ya que contaba con una gran habilidad para relatar historias. Hasta que, un día, Hera se enteró y la castigó quitándole esa habilidad de la palabra y condenándola a repetir las últimas sílabas que escuchara decir de los demás.

Un día, Eco se encontró con Narciso, pero no podía hablarle

de su amor. Comenzó a seguirlo, deslumbrada, sin que este se diera cuenta hasta que se le presentó. Pero Narciso la rechazó con crueldad, después de una serie de conversaciones fallidas, por lo que la ninfa, desolada, se ocultó en una cueva y allí se consumió hasta que, de ella, solo quedó su voz. Sus quejas animaron a otras doncellas, también rechazadas por el insensible Narciso, a exigir a Némesis, diosa de la venganza divina, que castigara al joven. La diosa escuchó sus demandas e hizo que Narciso viera su bello rostro en la superficie del agua cristalina de un estanque. Tan fuerte fue la atracción que ejerció su propia imagen, que no pudo sino amarse hasta que, desesperado, se arrojó al río intentando abrazar su reflejo y se ahogó. Y donde yacía su cuerpo, creció una flor que llevaría su nombre, Narciso, como recuerdo eterno para el mundo de su fatal belleza.

Narciso es el mito que mejor describe este tiempo autoreferencial, de culto a la imagen, *selfies*, exceso de mismidad, atención desproporcionada hacia uno mismo y la incapacidad para restarse, reconocer al otro y poder amar. A lo largo del libro, me referiré al narcisismo de la época como esa exacerbación del yo y el individualismo.

Freud desarrolla este concepto para dar cuenta de una etapa de la vida en la cual se constituye una parte fundamental de la estructura psíquica. Porque, cuando el bebé nace, todavía no tiene esa idea de unidad, que llamamos yo. Más bien, está configurado como una suma de zonas erógenas, es decir, superficies relacionadas con funciones vitales que desprenden placer, por ejemplo, la boca. A partir de estas zonas, el niño conoce el mundo que lo rodea y se relaciona con él. No puede decir *yo*, por eso, habla de sí mismo en tercera persona. En esta etapa del desarrollo psíquico y sexual,

la relación del niño es con sus propias zonas erógenas, por eso, es autoerótica, su mundo gira alrededor de ellas, ni él ni los demás constituyen aún unidades. Por eso, para poder dar y recibir amor aún falta atravesar este periodo. Al momento en que el niño puede llamarse yo, denominamos narcisismo. Llegar a esa instancia no es sencillo y muchas dificultades de la vida adulta surgen del atravesamiento de alguna de las fases de esta etapa.

Cuando se habla de narcisismo patológico, desde las psicoterapias, se hace referencia a las personas que tienen una valoración propia perturbada. Para poder amar, ¿cuál sería la cantidad de afecto necesario que un sujeto debe dejar para sí y conservar su autoestima o amor propio y cuál sería la cantidad que debe saber volcar hacia afuera para poder amar a otro? Para que alguien pueda vincularse, debe tener un mínimo equilibrio emocional, y aquello depende de cómo se hayan transitado los desafíos de la infancia.

Es una época en la que nos obsesiona saber del amor, explicarlo, predecirlo, lograrlo. Lo que más nos importa es ser amados y prestamos menos atención a desarrollar nuestra capacidad de estar con otros y amar. Quisiéramos quedarnos con los aspectos más iniciales de la experiencia, los más placenteros y que todo el vínculo se sostenga ahí. Enamorarse en este punto es sencillo, permanecer en el amor y el conflicto es un arte. El enamoramiento es sentimiento efusivo, es la elevación del otro, la imposibilidad de ver sus fallas o fisuras. De hecho, Freud llegó a compararlo con la hipnosis porque, en tanto ceguera, se coloca al otro como un ideal sin sombras ni fallas. Pero no sabemos con quién estamos hasta el primer conflicto. El enamoramiento es un engaño de completitud que nos hace creer en la perfección. Con esto, no estoy diciendo

que el sentir no sea verdadero, sino que el amor sucede cuando, después de ese encuentro inicial, nos encontramos con la alteridad, lo que no nos gusta, lo que nos incomoda y nos pone ásperos. Y, aun así, algo de todo eso nos une. Para amar, más allá de la fascinación primera, hay que dejarse modificar, ir siendo con otro, encontrar en la diferencia otras formas posibles de estar, perderse un poquito. El amor no se da en la supuesta coincidencia o en el “tal para cual”; sucede donde se sostiene la diferencia y donde se crean puentes flexibles para estar con el otro.

Para el filósofo surcoreano Byung-Chul Han, gran lector de la época, la desaparición de la capacidad de dedicarse a otro, al no-yo, hace que giremos sobre nosotros mismos y nos restrinjamos a la mismidad. La virtualidad coopera bastante con esta endogamia, esta suerte de relación con lo mismo, lo semejante, lo igual. En este sentido, la expulsión de lo distinto, el exhibicionismo y la autorreferencia desplazan al amor, el erotismo y el deseo. Para Byung, el enjambre digital es una masa de individuos aislados, sin alma, sin acción colectiva, sin sentido y expresión. Señala que la hipercomunicación nos aturde, nos conduce a una vida más vacía y aburrida, donde carecemos de experiencias colectivas que nos hagan felices. Esa falta de círculos de pertenencia y redes afectivas que nos contengan y apuntalen hace de la soledad crónica una epidemia que tiene graves consecuencias que derivan en la depresión y el suicidio.

El suicidio está en el centro de las preocupaciones actuales. La Organización Mundial de la Salud estima que a nivel mundial se suicidan cada año casi un millón de personas, lo que equivale a una persona cada cuarenta segundos. Además, por cada muerte por suicidio, se calcula que hay veinte intentos. En *La agonía*

de Eros, Byung lo explica así: “La depresión es una enfermedad narcisista. Conduce a ella una relación consigo mismo exagerada y patológicamente recargada. El sujeto narcisista-depresivo está agotado y fatigado de sí mismo. Carece de mundo y está abandonado por el otro. Amor y depresión son opuestos entre sí”. En este sentido, hemos superado la esperanza de vida, pero no hemos conservado el deseo de vivir.

Lo que da sentido a la vida es el deseo que nunca está en los confines del yo ni en lo que se planea. No basta con nacer; para poner en movimiento el deseo hay que atravesar un gran camino. El deseo no es algo que sabemos o descubrimos, más bien, está lejos de las seguridades y certezas que pretendemos. Tendemos a pensar que el deseo es luz, convicción y que una vez que lo encontramos en nuestro interior no hay manera de que las cosas salgan mal. Necesitamos desarmar esta idea. El deseo nunca es de algo, el deseo provoca que pase algo y por eso no interesa su cumplimiento. Nunca llegamos a decir “lo logré, ya está”, sería un peligro lograrlo todo y estar completos porque eso representaría el fin. El deseo hace de motor, un impulso que me lleva a seguir deseando. Está por fuera de todo cálculo y por eso: “Algún día encontraremos lo que estamos buscando. O quizá no. Quizá encontraremos algo mucho mejor”, dice Cortázar. En lo errante, el movimiento del deseo nos lleva hacia donde no lo imaginamos. En su texto *El deseo*, Jean-Luc Nancy piensa la diferencia entre tener y desear: “Uno desea que suceda algo. Desear es desear que pase algo, no tener algo”. Entonces, es una disposición, un impulso que nos pone en tensión. Incluso más, nunca lo alcanzamos, es errante, pero es aquello que nos empuja y nos pone en movimiento. Es en la línea de un sujeto que decide, que toma acción y posición

frente a la vida que el deseo se despliega. El deseo no se encuentra mirando hacia adentro, se encuentra en un movimiento hacia afuera y en relación con las condiciones de vida junto a otros. Por esto, el deseo es incómodo porque nos pide movimiento, implora que hagamos y en un gesto que nos exige salir del ámbito privado. Vivir deseando otras vidas, bajo anestesia y sin hacer un solo movimiento, querer la intensidad, pero no arriesgar nada, no nos lleva muy lejos. Hay que reconectar con el amor, pero no ese que solo aspira a alcanzar la pareja y el propio crecimiento, sino aquel que nos permite ver al otro más allá del drama propio. Tal vez, sea volver a situarse en el tejido colectivo, dejar de estar pendiente de uno mismo para recuperar el deseo de vivir.